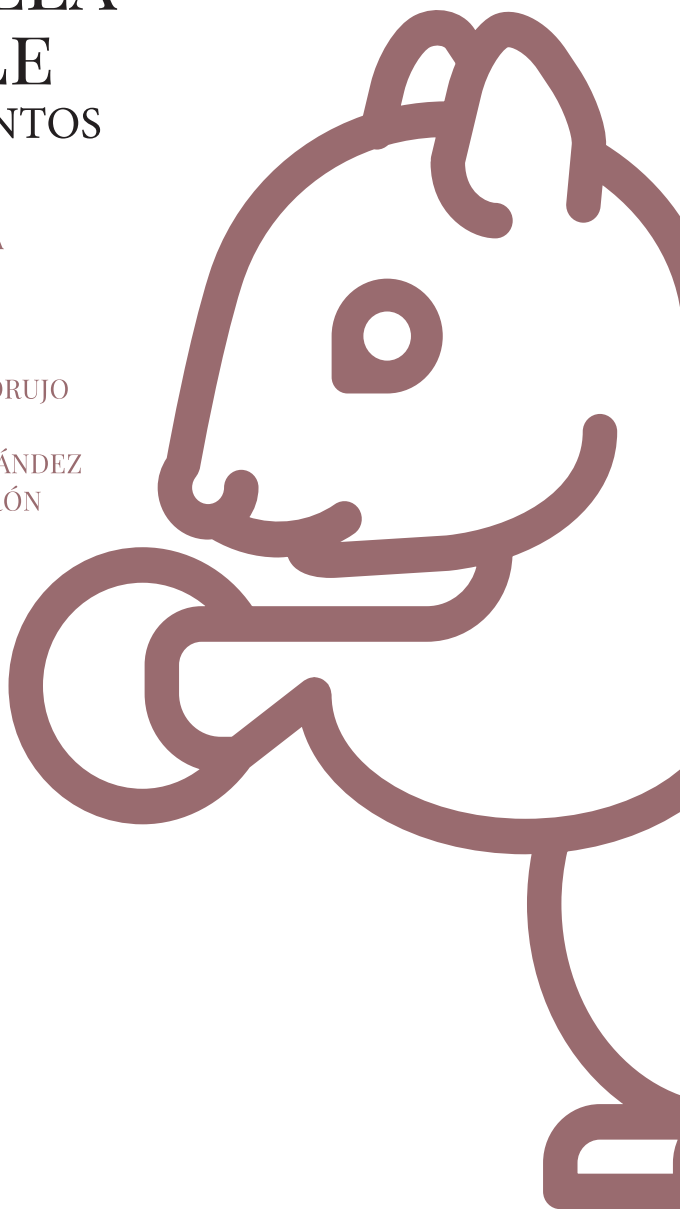


LA ARDILLA INVISIBLE Y OTROS CUENTOS

MANEL QUÍLEZ YÚFERA
JOSE BOTE
MARÍA JESÚS RIVAS
PILAR GEA LLAMAS
IRENE LLAMAZARES CORUJO
MARI CARMEN AVILÉS
ROSA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
JUAN ANTONIO SALMERÓN



EDITORIAL
**ESPACIO
PARA CONTAR**
espacioparacontar.com

BIBLIOTECA
DE CUENTOS
MARAVILLOSOS

LA ARDILLA INVISIBLE

Y OTROS CUENTOS

MANEL QUÍLEZ YÚFERA

JOSE BOTE

MARÍA JESÚS RIVAS

PILAR GEA LLAMAS

IRENE LLAMAZARES CORUJO

MARI CARMEN AVILÉS

ROSA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

JUAN ANTONIO SALMERÓN

EDICIÓN DE JUAN PEDRO ROMERA

EDITORIAL ESPACIO PARA CONTAR

2020

Dirección de la colección: Juan Pedro Romera
Diseño de la colección: Daniel Caballero
Ilustración: Jake Dunham

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Todos los derechos reservados

Título original: *La ardilla invisible y otros cuentos*

© De los textos: sus autores

© De la presente edición:

Editorial Espacio para Contar, 2020

C/ Carril de los Juanes, 12

30012 Murcia (España)

Teléfono: 649 09 08 11

info@espacioparacontar.com

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-4-3

Depósito legal: MU 886-2020

Impreso en España/Printed in Spain

PRÓLOGO	9
LA ARDILLA INVISIBLE MANEL QUÍLEZ YÚFERA	11
EL DESIERTO BLANCO JOSE BOTE	17
LA PRINCESA Y LA GATA MARÍA JESÚS RIVAS	25
MINÚSCULA PILAR GEA LLAMAS	33
debaAsecas IRENE LLAMAZARES CORUJO	39
LA CAJA DE LOS RECUERDOS MARI CARMEN AVILÉS	45
EL TESORO ROSA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ	51
HUGO Y LA LUZ JUAN ANTONIO SALMERÓN	57
«AHORA TE TOCA A TI»	65
«ÉRASE TU VEZ»	71

AGRADECIMIENTOS

Este libro debe su existencia a la pandemia que nos hizo retrasarlo casi un año y así nos dio presencia de carácter y consistencia en la elección.

A Daniel Caballero, creador de altura y navegador de Van por sus exquisitos diseños que día a día se superan.

A La Casa de la Piedra de Murcia, lugar donde se impartió el taller y que tanta tranquilidad nos concede en tiempos tan especiales.

PRÓLOGO

Un libro de cuentos posee una belleza inusual cuando está escrito sobre la piel de sus autores y autoras.

En octubre de 2020 —ese año que tanto ha dado que hablar y que nos ha puesto contra el espejo de la sinrazón para que aprendamos a mirar de nuevo— un grupo de ocho personas se internaron en las fuentes de la creatividad, con el ánimo dispuesto a jugar con la fantasía de las palabras, para crear nuevas realidades. Tras horas de mucho escribir, contar, cantar, dibujar y muchos más verbos que riman con jugar, dieron al mundo los cuentos que podéis disfrutar en este volumen.

Cada uno de ellos, cada una, se internó en un territorio como una mariposa se lanza a la luz. Hicieron el viaje del héroe, el de la heroína, para volver con cosas interesantes que contar. Estas mariposas se convirtieron en luciérnagas para mostrar otra forma de recorrer la vida.

Manel Quílez Yúfera, Jose Bote, María Jesús Rivas, Pilar Gea Llamas, Irene Llamazares Corujo, Mari Carmen Avilés, Rosa Martínez Hernández y Juan Antonio Salmerón forman el grupo de viajeros que estuvieron los días 16, 17 y 18 de octubre de 2020 en La Casa de la Piedra de Murcia. Y ahora nos cuentan su experiencia en forma de cuento. Adelante, entra y disfruta con sus cuentos.

*A mi madre, mi padre y mis hermanos,
por favorecer que hoy sea como soy.*

LA ARDILLA INVISIBLE

MANEL QUÍLEZ YÚFERA



orría la época de los destellos.

Aquel lugar era perfecto para ser habitado. Todos vivían en calma en ese entorno.

Enfrente el horizonte, encima se podía ver el recorrido que hacía el sol en su camino, desde que salía con mil chispas sobre el lago, hasta que se acostaba tras la gran pared. En lo alto de un árbol vivía una familia de ardillas. Mamá y papá ardilla tenían a dos pequeñas que se pasaban el día jugando, saltando de árbol en árbol, a ver cuál de las dos alcanzaba la rama más alta. Si una traía una nuez, la otra venía al segundo con una nuez más grande, si una quería rojo, la otra diría azul. Y así transcurrían los días en aquel paraíso entre el vasto lago y la gran pared.

El día que llegó la tercera ardilla el sol empezaba a calentar de nuevo tras el invierno y las flores se desperezaban al borde del camino. Las dos jóvenes ardillas se divertían con la recién llegada, le cambiaban el nombre, le gastaban bromas, era su juguete. Pasaron un tiempo muy felices en aquel árbol frente al lago.

Un día empezó a merodear un zorro por la zona, se oía decir que le encantaba comer ardillas. La familia temió que les pudiera atacar y empezó a bajar cada vez menos al suelo. Cuando las pequeñas querían cruzar el camino hacia el lago, mamá o papá mi-

raban desde lo alto para asegurarse de que no había peligro y solo cuando era seguro les hacían un gesto para cruzar hasta la orilla, donde les gustaba jugar. La comida empezó a escasear en las copas de aquellos árboles y pronto decidieron cambiar de hogar y buscar otro donde se sintieran más seguras.

La nueva zona a la que se trasladaron era un lugar del bosque lleno de árboles. Estaban tan juntos que las ramas se tocaban unas con otras. Ese lugar estaba abarrotado de ardillas correteando por los suelos, saltando de árbol en árbol, trepando por los troncos. Allá donde miraras podías ver de golpe como mínimo siete ardillas. Como en esa zona del bosque había tantos animales, la comida también se acababa muy pronto y mamá y papá tenían que esforzarse mucho para conseguir castañas para alimentar a sus tres pequeñas. Aunque aquel lugar estaba lleno de castaños, sus frutos desaparecían volando. Ahora tenían que dedicar gran parte de su tiempo en buscar alimento para sus pequeñas y pasaban los días lejos de su árbol.

Una noche la pequeña de la familia escuchó una conversación que tenían mamá y papá en su cuarto. Hablaban de lo dura que era su vida en aquel nuevo lugar. Había días que no podían conseguir suficientes castañas para alimentar a sus tres ardillitas y estaban agotadas. La pequeña pasó toda la noche pensando en aquello, preocupada. No quería que sus padres estuvieran tristes. ¿Cómo podía ayudar siendo tan pequeña? Aún no sabía saltar lo suficiente como para salir a buscar castañas y no se le ocurría una forma de ayudar a sus padres para que volvieran a estar felices. Pasó días pensando en aquello, recordando los destellos del sol en el lago.

Un día, jugando al escondite, tuvo una idea.

—¿Y si desapareciera?! ¿Si consiguiera ser invisible?! Si mamá y papá no notaran que estoy tendrían una preocupación menos y podrían volver a estar felices —pensó la ardillita.

A partir de ese día puso todo su empeño en conseguir que

nadie notara su presencia. Observó cómo se movían sigilosamente los felinos del bosque sin hacer un solo ruido y empezó a imitar sus movimientos. También le preguntó al camaleón cómo conseguía fundirse con un tronco y al momento ser del color verde vibrante de las hojas. Por más que se esforzó la ardillita no conseguía cambiar de color, como lo hacía la piel del camaleón, así que le pidió a la araña que le tejiese trajes de todos los colores del bosque. Preguntó a sus amigos los topos cómo hacían esos agujeros tan profundos en el suelo, y le excavaron uno para ella a los pies de su árbol para que cuando quisiera, pudiera desaparecer. Poco a poco, con la ayuda de todos los animales, consiguió hacerse cada día un poco más invisible y pasar casi inadvertida. Cuando mamá y papá llegaban a casa la pequeña ardilla se deslizaba con su traje marrón tronco y desaparecía sin emitir un solo sonido. Cuando sus hermanas ardillas discutían por ver quién había conseguido llegar a la rama más alta, ella se escondía en el agujero que le habían hecho sus amigos los topos. Y así, cada vez más sigilosa, pasó un tiempo.

Un día, cuando la pequeña ardilla invisible ya tenía edad de salir a buscar sus castañas, estaba camuflada en el suelo observando una mariposa, cuando un elefante que paseaba le pisó la cola. La ardilla pegó tal grito que se escuchó hasta en el lago y el elefante se asustó.

—Perdona ardillita no te había visto, con ese traje marrón te confundes con el suelo. La ardilla se fue triste a casa y, sin que nadie se enterara, se deslizó silenciosamente hacia su cuarto. Otro día fue al prado con su traje verde césped. Allí, aunque estaba un poco lejos de casa, podía encontrar fácilmente algunas pequeñas bayas que le gustaban para almorzar. De repente un estruendo retumbó tras la ladera, apareció una manada de caballos galopando hacia ella, en pocos segundos le pasaron por encima cientos de pezuñas golpeando a su alrededor sin que pudiera reaccionar. Por suerte solo perdió un trozo de su cola, pero quedó muy asustada y, aver-

gonzada, se marchó sin que nadie la viera a su refugio bajo tierra. Esos trajes de camuflaje y sus movimientos tan sigilosos le estaban empezando a traer problemas. Aquella noche durmió en el fondo de su escondite, estaba triste y no quería ver a nadie.

De repente le despertó un siseo. Cuando abrió los ojos vio la silueta de una serpiente que estaba entrando en su escondite y se acercaba peligrosamente hacia ella. Dio un salto y comenzó a excavar a toda velocidad, como un topo, pero la serpiente estaba cada vez más cerca, no había escapatoria así que se giró y comenzó a gritar tan fuerte como pudo. Gritó y gritó y agitó su cola fuertemente, hacía tanto que no escuchaba su voz que se asustó de ella. Cuando ya no le quedaron fuerzas abrió los ojos y comenzó a ver, en medio de la nube de polvo, cómo volvía a entrar la luz en el agujero. La serpiente se había ido. La ardilla salió de aquel hoyo oscuro y decidió no volver a esconderse nunca más allí.

Guardó poco a poco todos sus trajes de colores en el armario del trastero, ser invisible le estaba trayendo muchos problemas. A partir de entonces fue aceptando que al devolverle el sonido a su caminar podría molestar al búho que intentaba descansar. Que sus huellas podrían tapar sin querer la casa de alguna hormiga y que ésta le gritaría enfadada. Que algún pájaro echaría a volar asustado al escucharla estornudar. Pero los animales tendrían que entenderlo, no se puede sobrevivir en un bosque sin ser visto.

Mientras volvía caminando a casa, la ardilla, muy contenta empezó a jugar. Primero un paso largo, después un salto y una correntilla, y volver a empezar. Al ponerle ritmo hacía música con sus pisadas y convertía en baile su movimiento. A partir de entonces la pequeña ardilla disfrutaba de todos los sonidos que hacía, y siempre caminaba bailando la música de sus pasos. Todos disfrutaron de su presencia y nunca más deseó ser invisible.

A la luz que llevo dentro.

EL DESIERTO BLANCO

JOSE BOTE

Despertó en medio de un desierto blanco. No había más que eso. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Sus recuerdos estaban rotos, una maraña de ellos bailaba en su mente, sin orden ni concierto. Imposible de ordenarlos, de darles un sentido.

Llevaba tres objetos: un viejo paraguas negro en una mano, una botella de agua en la otra, y dos canicas en un bolsillo de su pantalón.

¿Qué podía hacer?

Sólo una cosa: caminar.

¿Hacia dónde?

Esta pregunta sí implicaba una decisión a tomar, ya que a su alrededor sólo había arena blanca, casi tan blanca como la nieve recién caída. La línea del horizonte era la misma en todos los sentidos, y a veces desaparecía, se confundía entre el cielo calimoso y el desierto nívoo.

Giró sobre su eje, trescientos sesenta grados, y la imagen era una y otra vez la misma. Ninguna señal, nada que indicara hacia dónde debía caminar.

La decisión era suya. Su intuición, su ser, debían elegir un vector, una dirección a seguir.

Se dijo: «Sólo cuando vea un dragón, comenzaré a caminar». Lo quiso con toda intensidad. Aceptó que sólo había que conseguir eso.

Y entonces empezó a dar vueltas sobre sí, y miró hacia el infinito continuo, buscando con ahínco que el dragón apareciera. Con entrega total a la posibilidad de verlo.

¿Cuánto tiempo pasó?

Difícil de saber. No había relojes en aquel lugar. Tampoco sombras.

Se creó un agujero en la arena bajo sus pies, a fuerza de rotar y rotar sin parar.

Y entonces lo vio: un gran camello blanco a lo lejos. Con varias jorobas, no sabría decir cuántas. Se encontraba a una gran distancia. El camello se movía paralelo a la línea del horizonte, como si estuviera cercano a ella. Parece que sintió que era observado y se detuvo. O quizás lo hizo por otro motivo, no sabría decir cuál.

Y ésta fue la señal. La señal para empezar a caminar hacia él. No era un dragón, pero no estaba nada mal: era un camello con una cadena montañosa sobre su lomo. Abrió el paraguas negro, para que le protegiera del implacable sol, bebió un trago de agua, frotó una canica contra la otra dentro del bolsillo, y comenzó a caminar hacia él.

¡Qué momento! El instante en el que se activa todo en el cuerpo, parte por parte, y todas a la vez. ¡Cuánta belleza contenida en ese impulso!

Visto desde el cielo, era como un punto negro que se desplazaba a través de una inmensa página en blanco.

La blancura del camello lo hacía a veces imperceptible, se confundía con la del paisaje. Por eso, por momentos perdía la dirección hacia la que se encaminaba, pero poco después la recuperaba. Llegaba a discernir su perfil.

¿Qué había en aquel desierto, en aquel animal lejano que le llamaba?

Que le llamaba sin llamarle.

No había sonido en el lugar. No había viento, ni siquiera el zumbido del sol. Era como si estuviera dentro de una cámara estanca. Todo lo que escuchaba procedía de sí: el sonido de su respiración, el latir de su corazón, los músculos de su cuello cuando lo hacía girar, la saliva que entraba a duras penas por su garganta. Y empezaron a sumarse los asombrosos sonidos generados por su movimiento: los pies que se hundían y entraban en la tierra, un poco de aire que al pasar friccionaba en sus oídos, y sobre todo el golpear de una canica hacia la otra en el interior del bolsillo, como un metrónomo que marcaba el compás.

Todo era aquello.

No había más.

El desierto, el camello y el movimiento.

Le parecía tener toda la fuerza del mundo para llegar al bello animal.

Así que empezó a correr, más bien a trotar. Hay quien diría a galopar. No sabía que era capaz de aquello, pero lo era.

Las canicas repiqueteaban una contra la otra sin parar. El metrónomo había enloquecido.

Si observabas bien, podías ver que había una línea en el espacio que los unía, una línea invisible que era más fuerte que todo lo demás. Quería acortarla, dominar esa línea.

Conforme avanzaba, parecía que esa distancia, en vez de disminuir, aumentaba.

¿Cómo era posible? ¿Qué tipo de desierto era aquel?

Parecía que el desierto blanco era como el universo, en continua expansión. Y que era imposible reducir la distancia entre los dos puntos, por mucho que se deseara.

Paró de correr. Cansado de trotar. Y de no avanzar. Bebió un poco de agua. Miró hacia el camello, al que volvía a perder en la lejanía.

Empezó a caminar, lentamente. Las canicas se acariciaron en-

tonces una a la otra y el paraguas dejó de bailar por encima de su cabeza. Cambió el ritmo y cambió la velocidad. Y esa nueva cualidad del movimiento hizo que las distancias empezaran a reducirse cada vez más.

Descubrió que en aquel espacio-tiempo en el que se encontraba, caminar era acortar y correr agrandar. Se fue acercando al camello. Pasó el tiempo, aunque no sabríamos decir cuánto. Cuando ya divisaba bien la cara del camello inmóvil y su semblante expectante, la tierra empezó a moverse bajo sus pies.

¿Estaba pasando de verdad?

Pues sí.

Un sonido estruendoso emergió desde el interior de la tierra, que se abrió. Creando un gran círculo, dentro de cuyo perímetro estaban ambos.

La duda atravesó el espacio. ¿Qué hacer? Se paró. No sabía si ir hacia el camello o buscar una nueva escapatoria: dar un gran salto para salir del círculo. Demasiada duda. Demasiado tarde. La franja de tierra abierta era ya tan ancha que era imposible volver atrás.

Los dos dentro del círculo, más cerca que nunca. El punto negro y el camello de las varias jorobas.

¿Por qué estaban allí? No existen los porqués en el desierto blanco.

El camello se abalanzó sobre él, inundado de miedo. Se abrazó a su cuerpo. Había una diferencia de peso, así que cayeron al suelo. Consiguió mantener asido el paraguas, pero no la botella de agua, que rodó hasta ser tragada por la gran grieta abierta.

Se volvió con furia hacia el camello, levantó uno de sus brazos como para golpearlo, pero entonces vio algo en sus rostro, algo que le resultó familiar, algo que pudo reconocer y que unió de pronto a su vida. Lo vio en el fondo de sus ojos. Sus recuerdos se alinearon de golpe.

Era una persona del desierto, vivía en aquel lugar. Y aquel era

el camello que perteneció a su padre toda la vida. Extraviado, por fin lo había encontrado. Llevaba muchos soles buscándolo.

Un viento tremendo se levantó, de la nada. Usó el paraguas negro para proteger su cuerpo y el del camello. Escondidos tras el paraguas, la arena, que volaba lateralmente empujada por el aire, pasó a ambos lados de la tela negra. El camello siguió abrazado a sus piernas, todo el tiempo. Abrazaba con sus patas, con su cuello. La arena se fue desplazando loca y entrando en el gran hueco hasta llenarlo y cubrirlo, como si nunca hubiera existido la gran franja. El desierto volvió a ser plano, infinito, sin fallas. El viento cesó.

El camello era el único que recordaba el camino de vuelta a casa. Incorporándose sobre sus cuatro patas, le hizo un gesto inequívoco para que subiera sobre sus particulares jorobas. ¡Cuántas veces había repetido aquel movimiento junto a su padre!

Ascendió.

Ahora estaba allá arriba, sobre las montañas del camello.

Sabía que estaba a salvo, aún sin tener agua.

El camello comenzó a caminar, más tarde a trotar, finalmente hay quien diría que incluso a galopar.

Y de repente el horizonte dejó de estar vacío.

Pudo ver a lo lejos un campamento con varias tiendas, el campamento de su poblado, su tribu.

La arena se volvió terrosa, se tiñó de marrón. Aparecieron palmeras y otras plantas del desierto. El paisaje comenzó a llenarse.

Se abrazó al cuello del camello.

Observó el sol cayendo sobre la tierra, engullido poco a poco por la arena del desierto, enrojecido y enrojeciendo sus pómulos, sus ojos.

Introdujo su mano en el bolsillo y acarició las dos canicas con las yemas de sus dedos. Respiró.

Mientras disfrutaba del camino de vuelta a casa.

A mi familia, con el corazón.

LA PRINCESA Y LA GATA

MARÍA JESÚS RIVAS RAMÍREZ

Erased una vez un reino en el país de las hadas donde un rey magnánimo y una reina generosa vivían en armonía con sus dos hijos, una princesa y un príncipe.

Llegó la época del crudo invierno y el rey bondadoso enfermó, lo que sumió al reino en gran oscuridad. Cuando la nieve estaba a punto de sepultar todo el castillo, la reina dio a luz a una hermosa niña que de nuevo llenó de alegría y calor el hogar.

El rey enfermo y cansado de mil batallas, sintió que había llegado el momento de abandonar su cuerpo en el reino de las hadas y voló hasta el lugar donde habitan los espíritus, no sin antes prometer a su hijita que desde allí velaría por ella. La pequeña no entendió sus palabras, pero guardó en su corazón la promesa de su padre, como un tesoro, y creció junto a sus hermanos en aquel reino ahora gobernado por una reina que supo hacer también de buen rey para sus súbditos. La reina encerró su dolor en un sótano profundo y enseñó a su pueblo la alegría y la belleza, el servicio a los demás y el calor del hogar.

La pequeña princesa anhelaba el abrazo de su padre, pero no supo encontrar el sótano donde guardar este dolor, y lo encerró en una parte de su corazón, cubriéndolo de cristal de estrellas y espuma de mar para tratar de olvidarlo. Y así pasó feliz el

tiempo, aprendiendo a nadar en el mar de los misterios y a jugar con sus amigas las flores, aunque su corazón se iba cristalizando cada vez más.

La reina, que también era rey, podía ver el dolor encerrado en el corazón de su hija, y para contentarla buscó en lo profundo del bosque un regalo que la ayudase a superar su tristeza. Buscando y buscando encontró una hermosa gatita de pelaje blanco y luminoso. Cuando la pequeña princesa recibió su regalo, sintió que algo dentro de ella se ablandaba, la gata se echó en sus brazos y se durmió plácidamente. Y así con cariño y consuelo, la gatita ayudó a la pequeña princesa a atravesar el camino de su infancia sin contratiempos.

Llegó el día en que la joven princesa, viendo que sus hermanos mayores se marchaban al bosque y volvían cargados de historias y novedades, se sintió con ganas de buscar aventuras y partió hacia el bosque, dejando a la gata protectora dormida en el trono real.

En el camino encontró la música y el ritmo se adueñó de su cuerpo. Bailando y bailando se adentró entre los árboles hasta que en un claro del bosque se encontró con un grupo de duendes y hadas con los que se puso a jugar. Entre ellos había un duende que llevaba la risa en los ojos. Con él siguió recorriendo el sendero y disfrutó de las plantas y el sonido de las aves. Para no caerse lo cogió de la mano y sintió que le reconfortaba caminar con su apoyo, hasta que llegaron a un acantilado. El duende, cansado de llevar a la princesa de la mano, la soltó y alzando el vuelo, desapareció dejándola a punto de caer por el precipicio. Pero logró mantener el equilibrio y volvió al claro del bosque.

Y allí encontró un elfo joven y brillante, que le ofreció caminar con ella. La princesa lo tomó de la mano y juntos siguieron avanzando en busca de aventuras. El elfo era un ser juguetón e inquieto y quiso buscar lugares secretos más allá del bosque. Le

mostró que el mundo era mucho más ancho que el país de las hadas, con él descubrió el territorio de los orcos y de las sirenas del lago. Un día el elfo se vio reflejado en el espejo del agua y sintió que ese no era él, que se había perdido y tenía que encontrarse, así que se fue a la búsqueda de sí mismo, dejando a la princesa desolada sin su abrazo.

La princesa corrió hasta el castillo, pero era de noche y la puerta estaba cerrada, así que buscó la entrada secreta que llevaba a los sótanos y llegó al lugar donde se guardaban los sufrimientos de la reina y sus ancestros, encerrados bajo siete llaves. La princesa confinó su propio dolor en el cofre de su corazón, encontró escondidas las llaves y abrió la pesada puerta del cuarto. Dejó con cuidado el cofre con su corazón palpitante y volvió a cerrar la puerta bajo siete llaves. La gata la había seguido hasta allí, con tristeza saltó a los brazos de la princesa, agarró con sus dientes las llaves y se las tragó.

—Cuando te sientas preparada para recuperar tu corazón dolorido, solo tienes que rascarme la tripa y te las devolveré- le dijo la gata en un susurro.

La princesa se encerró en la torre del castillo, con la gata y su soledad y así pasaron varias estaciones.

Su hermana y su hermano ya habían formado sus propios reinos y su madre, la reina que también era rey, seguía gobernando con alegría y sabiduría, y para la princesa era un consuelo saber que ella estaba allí, en el salón del trono, escuchándola a través de la puerta de la torre.

Vino otro invierno y la reina supo que había llegado el momento de abandonar su cuerpo en el reino de las hadas. Reunió a su familia y la princesa salió de su refugio para despedirla con honores. Estuvieron juntos por última vez hasta que la reina voló hacia el reino donde habitan los espíritus para reunirse con su amado rey.

La princesa entendió que había llegado el momento de convertirse en reina, pero se había vuelto gris y su corazón dolorido seguía guardado en las profundidades del castillo, así que se desdobló. Una parte se quedó dormida en la torre, abrazada a la gata, y su reflejo, recordando los rayos dorados que una vez tuvo, gobernó su reino de espejos.

Su reino, en frágil equilibrio, se sumió en la oscuridad porque la princesa, ya reina, no supo encontrar la luz para sus súbditos. Volvió a juntarse con su reflejo y se dejó llevar por el sueño, y soñó que su cabeza era un gran cubo donde los pensamientos desbocados chocaban una y otra vez, haciendo que todo su cuerpo temblase, y que el castillo empezara a temblar al ritmo del golpeteo de los pensamientos sin control. La gata sintió mucho miedo al notar los temblores y maulló para ver si la despertaba. Maulló tan fuerte que del esfuerzo sacó de su tripa las siete llaves que se había tragado.

La gata bajó hasta los sótanos del castillo, abrió la pesada puerta y encontró el corazón de la princesa. Lo llevó hasta la torre donde ella seguía soñando y haciendo temblar el mundo a su alrededor. Con sus afiladas uñas la gata le abrió el pecho, colocó el corazón en su lugar y también se acurrucó allí dentro. Con su ronroneo ablandó el cristal y el dolor enquistado en el corazón, que empezó a fundirse con el pelaje blanco y brillante de la gata hasta convertirse en una cálida y acogedora luz.

La princesa empezó a notar una gran paz y despertó sintiendo que la luz de su corazón iluminaba toda la estancia, todo el castillo, todo el reino. Y sintió que ella era la reina y también era la gata, la pequeña gatita que su madre le había regalado la había salvado de la oscuridad y de la nada.

Con ese regalo de luz, sabiendo que todos los obstáculos la habían llevado hasta allí, quiso celebrar la vida. Reunió a su hermana, a su hermano, a los duendes, las hadas y a los reyes y reinas

del mundo conocido y de muchos más. Brindaron con la savia del árbol de la alegría, por el regalo del presente, por el camino transitado, por la luz.

Y con la fuerza todopoderosa del amor la Reina Gata supo que podría vencer todos los obstáculos que se presentasen en el camino, hasta que llegara la hora en que su cuerpo victorioso partiese al mundo de los espíritus a reunirse con sus ancestros.

*A mi abuelo Manuel, a la tita Juana y, por supuesto,
a mis padres, por todos los cuentos que me contasteis.*

MINÚSCULA

PILAR GEA LLAMAS

En un país ni muy lejano ni muy cercano, no hace mucho tiempo ni poco, vivía en su palacio un feliz matrimonio. Juntos cuidaban de un precioso jardín de rosas que tenían.

Un afortunado día supieron que iban a tener un bebé y hubo grandes celebraciones en el palacio. Meses después, estando la mujer podando rosales, se puso de parto y dio a luz allí mismo, en el camino, junto a las flores, a una criatura diminuta. La niña era tan pequeña como una canica y tenía los ojos muy abiertos. Le llamaron Minúscula.

Pasaron días, meses y años, pero como no crecía sus padres no querían que saliera sola al jardín por si algo malo le sucedía. Ellos le hablaban de la belleza de las rosas y la alzaban a la ventana para que mirara a través de los cristales.

Viendo que pasaba el tiempo y Minúscula seguía sin crecer, los padres decidieron que, a pesar de su tamaño, era hora de que la chiquilla pudiera salir. Así que, algo temerosos, la dejaron ir a dar un paseo, no sin antes advertirle que tuviera cuidado con el enano Saltarín, que siempre andaba por allí haciendo de las suyas.

Comenzó a recorrer el jardín sintiéndose muy pequeña en comparación con los tallos de las rosas, las piedras y cuanto encontraba a su paso.

Estaba ensimismada contemplando todo aquello, cuando apareció Saltarín, pero ella no lo reconoció porque venía disfrazado de hado. El enano dijo a la niña:

—¿No te gustaría ser tan grande como los demás y poder oler las rosas?

Minúscula contestó que sí. El enano sacó entonces una pequeña botella de su bolsillo y se la enseñó:

—Pues toma de esta bebida, crecerás y podrás verlo todo desde lo alto, cogerás las rosas y disfrutarás de su aroma.

La niña tomó la botella, bebió de ella y, efectivamente, empezó a crecer hasta tener el tamaño de una persona normal.

Entonces el enano volvió a hablar:

—¿Sabes que en este jardín hay una rosa mágica que si te la llevas nunca te faltarán las riquezas? Ahora que eres grande puedes cogerla y llevártela a casa. Si quieres que te la enseñe sígueme.

La pequeña siguió al enano disfrazado hasta el otro extremo del enorme jardín donde se encontraba la rosa mágica. Aquella rosa tenía un resplandor realmente especial.

—Venga, cógela Minúscula —le dijo el enano—. Es para ti.

Cuando estiró el brazo para cogerla, se pinchó con una espina. Antes de que pudiera decir ¡ay! comenzó a encogerse de nuevo y volvió a ser igual que una canica. ¡Ahora sí que estaba perdida en el jardín, muy lejos de casa! Saltarín se fue de allí dando saltos entre risas.

Minúscula estuvo perdida durante días entre los tallos de las rosas. Cuando pensaba que nunca podría regresar a casa, que moriría allí, pasó una libélula que al verla así le dijo:

—Pareces perdida niña, súbete en mí que te llevaré de nuevo a tu hogar.

Se subió en ella y emprendieron el vuelo. Pero sucedía que la libélula estaba un poquito cegata y no pudo encontrar el camino de vuelta a casa. Estuvieron largo rato volando torpemente, dando trompicones y se llevaron algún que otro porrazo.

La libélula dejó a Minúscula allí donde empezaba el bosque encantado.

Llegó precisamente en el día en que montaban el mercado semanal. Muchas criaturas del bosque, grandes y pequeñas, bellas y espantosas, encantadoras y despreciables tenían allí sus puestos montados con brebajes y objetos mágicos que anunciaban a voz en grito:

—¡La varita mágica que todo lo que toca lo convierte en oro!

—¡El caldero de los sueños, si bebes de su sopa todos tus deseos se harán realidad!

Había tanto bullicio que Minúscula no sabía a dónde mirar.

—Niña, ¿quieres unas piedras maravillosas que si te las metes al bolsillo puedes volar?

—Nena, llévate estos zapatos mágicos que con ellos vas a correr más que nadie.

La pequeña estuvo mucho tiempo dando vueltas por el mercado. Acabó aturdida de tanto barullo y muy cansada de caminar entre los tenderetes. Así que se sentó en el suelo a descansar y se quedó dormida,

Cuando despertó todos los mercachifles habían retirado sus trastos. El bosque estaba vacío y silencioso. Entonces divisó una silueta que lentamente avanzaba hacia ella. Poco a poco fue reconociendo la figura de una anciana.

La señora, de aspecto bondadoso, se detuvo frente a ella y le dijo:

—Parece que te has perdido, niña, y estás cansada, ven a mi hogar, allí podrás descansar y te repondrás.

Minúscula siguió a la anciana hasta el lugar donde vivía. Se sorprendió de que fuera una cueva oscura y muy sencilla. Sólo había en ella una mesa con dos sillas, un jergón para dormir y un pequeño fuego en el que cocinar y calentarse.

La niña pasó muchos días en la cueva. Se sentía cómoda en compañía de aquella anciana. Se entretenía limpiando e intentando embellecer aquel lugar. Un día en que andaba quitando el pol-

vo de un rincón muy escondido, detrás de una telaraña encontró una pequeña puerta de marfil. Era tan chica, que solo una criatura diminuta como ella podía atravesarla. Miró a la anciana con ojos interrogantes, y ella le dijo:

—Anda, pasa al otro lado a ver lo que encuentras.

La chiquilla confió y atravesó la puerta de marfil. Entonces se halló en una habitación en la que solamente había un objeto, un sencillo espejo de mano, allí, en medio, en el suelo. Se sorprendió por el hallazgo y enseguida fue a mirarse en él. En el reflejo se vio de un tamaño normal y en lugar de la cueva, estaba en su anhelado jardín de rosas.

La anciana le dijo:

—Pon el espejo en el suelo y salta dentro de él, te llevará a tu destino.

La niña no quería apartarse de su lado y le contestó:

—Pero abuela, no puedo irme sin ti.

Entonces la anciana la tranquilizó:

—No tengas miedo, querida. Si alguna vez me necesitas, solo tienes que tocar la rosa mágica y serás pequeña de nuevo. Entonces yo enviaré a mi libélula que te traerá de vuelta a la cueva.

La niña tuvo fuerzas entonces para saltar dentro del espejo. Apareció en medio de su amado jardín y tan grande como todo el mundo. Las rosas estaban radiantes aquel día.

En el palacio encontró a sus padres ya ancianos y se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo. Ellos se pusieron muy contentos de su regreso y de ver cuánto había crecido.

Desde aquel día vivió en el palacio, cuidaba del jardín y disfrutaba del aroma de las rosas. De vez en cuando veía pasar libélulas y su revolotear le recordaba que siempre habría para ella un lugar seguro al que volver y ser, simplemente, Minúscula.

Y así, en un momento, se acabó este cuento.

A mi niña.

debaAsecas

IRENE LLAMAZARES CORUJO

Deba nació donde nace el río, en la montaña, donde el aire es puro y limpio, donde el aire existe, lo sientes, te acaricia.

Y como el río, salió de la tierra, tomó forma y empezó a fluir. Así conoció a las flores, a los árboles, los pájaros, las piedras, el musgo... y también a Sara el Hada, Felipe el Duende, Pablo el Chaman, Teresa la Sabia....

Y ella era Deba, Deba a secas, sin más, solo DEBA.

Vale que formaba parte de la comunidad y que parecía que la querían, la invitaban a las fiestas, a las comidas, pero eso no era suficiente, ella quería ser ¡¡Deba ALGO!!

Ella sabía que era la más veloz y ágil, capaz de subirse a los árboles de un salto, correr sobre sus copas de forma tan rápida y ligera que apenas se le podía ver. Cuando se sentía cansada, bajaba al suelo, ponía sus pies sobre la tierra y sentía cómo le crecían unas grandes raíces de sus pies, desde ellas se recargaba de energía.

Y así, continuaba su labor, recogía frutos de los árboles para el desayuno, raíces y hortalizas para la comida y, cuando las cosas se ponían difíciles, sacaba su arco y sus flechas y era capaz de atinar allí donde fuera necesario.

Llevaba entrenándose y esforzándose toda la vida para hacer

todo lo mejor posible y a pesar de ello, solo era DEBA, Deba a secas, Deba sin apellido... No lo entendía, ¿qué más podía hacer?

Un día decidió pedir consejo y fue a visitar a Sara el Hada, le hizo cientos de preguntas: ¿cuántas horas al día entrenaba para ser hada? ¿Cuándo le habían puesto su apellido? ¿Quién había ordenado su ceremonia? ¿Qué había sentido después? Pero Sara apenas comprendía lo que estaba pasando, contestaba con monosílabos y casi siempre decía «no sé», levantando sus hombros como extrañada.

¿Cómo era posible tener apellido y desconocer todas las respuestas? Deba no entendía nada, así que decidió intentarlo de nuevo.

Fue a casa de Felipe el Duende, sacó su cuestionario y comenzó con las preguntas. Pero Felipe tampoco sabía las respuestas, le parecía todo muy raro y a mitad de la entrevista, se quedó dormido y empezó a roncar... ¡qué desesperación!

Deba, incansable, se fue a casa de Teresa la Sabia pero no la encontró allí, así que se marchó cabizbaja.

Esa noche, mientras todos dormían, Deba se quedó despierta mirando las estrellas, no podía pegar ojo, se sentía muy triste y perdida. De repente, empezó a oler a humo, miró hacia el bosque y vio cómo los árboles de la casa de Teo el Cocinero, estaban ardiendo.

Cogió su arco y sus flechas y salió de casa disparada, comenzó a gritar y a pedir ayuda a sus amigos pero no hubo manera, nadie se despertó.

Necesitaba agua, mucha agua para apagar el fuego. Desde la aldea, miró a lo alto, allí estaba el dique del estanque, cogió su arco y apuntó a la cerradura del portón que lo cerraba, disparó y el portón se abrió de golpe, el agua corrió rápido por la ladera hasta llegar a la casa de Teo y apagar el fuego.

Todo había sucedido muy rápido y ahora, allí se encontraba, en mitad de la noche, sola y asustada.

Al día siguiente, le contó lo sucedido a toda la aldea y se mostraron muy agradecidos por lo que había hecho. En el fondo de su corazón, Deba también esperaba que ese día, por fin, le pusieran su anhelado «apellido», pero eso no sucedió, todo el mundo siguió llamándole Deba, Deba a secas.

Pasado el tiempo, se armó de valor y fue a visitar a Teresa la Sabia, esta vez no llevó su lista de preguntas, solo entró en su casa, se sentó en el suelo y permaneció allí durante horas, días, sin hablar ni comer, solo sentada, con sus ojos cerrados y respirando profundamente.

Una mañana, cuando las lágrimas dejaron de brotar de sus ojos, Teresa entró en el salón, se dirigió a ella y le dijo:

DEBA SIGNIFICA HIJA DE LA TIERRA

Y así entendió que no necesitaba hacer nada para que la quisieran, ni tampoco para ser quien era.

Para Vera y Martín.

LA CAJA DE LOS RECUERDOS

MARI CARMEN AVILÉS

En la ruta de la seda, existía un pequeño pueblo que todos los años esperaba con gran alborozo la llegada de la caravana. Este acontecimiento, siempre levantaba gran expectación entre sus habitantes, pero este año tenía un interés especial porque en ella viajaba la futura esposa del Visir.

Los vecinos habían preparado su alojamiento en la mejor casa del pueblo. Esta casa tenía un hermoso jardín con un estanque al que alimentaba un pequeño manantial. Junto a esta casa vivía el joven Rumi. El año anterior no pudo disfrutar de los festejos que siempre acompañaban la llegada de la caravana, pues debido a una enfermedad, tuvo que permanecer recluido en su casa. En esta ocasión no quería perderse ni un detalle de este acontecimiento.

Para estar libre había hecho todos los trabajos que le encargó su padre. También había ayudado a su madre acarreando el agua. Había traído tanta del lejano pozo que no tendría que volver en tres semanas.

Los mercaderes informaban de los avances de la caravana al jefe del pueblo a través de palomas mensajeras. Los habitantes tenían que preparar comida y agua para los animales, alojamiento para los mercaderes y en algunas ocasiones como sucede este año, un alojamiento para huéspedes especiales.

El joven Rumi soñaba con poder ver a la joven viajera...

Hoy por fin había llegado la caravana. Cuando los animales fueron conducidos a los establos y los viajeros y mercaderes alojados, el guía principal de la caravana pidió ver al jefe del pueblo. El guía estaba muy preocupado porque le habían encargado el cuidado de la futura esposa del Visir. Pero la joven estaba muy triste y no había comido ni dormido durante todo el viaje. Si la joven enfermaba y moría, también peligraba su vida.

La noticia del delicado estado de la joven se había extendido rápidamente por todo el pueblo. Los mercaderes habían ofrecido una gran recompensa a quién consiguiera hacerla sonreír, recobrar la ilusión y tomar algún alimento.

Los habitantes se habían reunido junto al más anciano de sus vecinos para pedirle consejo. Pero habían transcurrido los días y el anciano encerrado en su casa no encontraba respuesta.

Rumi deseaba ayudar y así poder ver a la joven viajera. Como en otras ocasiones decidió acercarse a casa de su abuela. Ella siempre le ayudaba cuando estaba apesadumbrado. Su abuela tenía una caja donde guardaba todos sus recuerdos, unas veces en forma de objetos, otras son solo pensamientos. Aquel día la abuela le regaló a Rumi su propia caja de los recuerdos. Para empezar a llenarla le preguntó al joven cuales eran sus recuerdos máspreciado. El muchacho le contó a su abuela el placer que sintió al acariciar por primera vez a un pequeño corderillo, nunca había tocado nada más suave.

Entonces Rumi guardó en su caja la suavidad de la lana del corderillo.

Después le pidió a su abuela que le preparase su bebida preferida. Agua fresca perfumada con menta.

Así reconfortado por la bebida seguiría buscando respuestas para alejar la melancolía de la joven viajera. Mientras bebía el agua perfumada, Rumi recordaba las viejas canciones que le cantaba su madre, cuando sonaba por la noche la flauta misteriosa. Nunca se supo en el pueblo de donde salía el sonido.

A la madre de Rumi le gustaba mucho cantar, pero según la tradición sólo le estaba permitido hacerlo junto a la cama de su hijo. Por esa razón ella alargaba una y otra vez su canto. Cuando el muchacho acabó de evocar todas sus canciones ya había anochecido. La abuela le recordó que tenía que regresar a su casa y le entregó la caja donde debía guardar sus recuerdos, la suavidad de la lana del corderillo, el frescor de la bebida de menta y las canciones con la voz de su madre. Tú sabrás qué hacer con ellos, le dijo.

Durante el camino de regreso a su casa el muchacho sintió cómo su corazón se había sosegado. Entonces pensó que estos recuerdos también podrían servir para aliviar la pesadumbre de la joven viajera. Pero ¿cómo hacerle llegar estos pensamientos? ¿Cómo acercarse a ella si estaba alojada detrás de un alto muro?

De pronto, al llegar a la plaza del pueblo lo deslumbró el resplandor de la luna llena. El joven pensó que esta luz también se vería reflejada en el estanque de la casa donde se alojaba la prometida del Visir. Si se subía a una palmera del jardín de su casa, la luz de la luna podría reflejar su imagen en el estanque y la caja de sus recuerdos.

Aquella noche, la joven viajera, animada por su doncella preferida, se había acercado al estanque y en el fondo vio reflejada la caja de los recuerdos de Rumi. Llevada por la curiosidad, introdujo sus manos en el agua para recoger aquel objeto. Al tocarla, la caja se abrió y salieron los tres recuerdos de Rumi. La joven acarició la suave lana que le recordaba los almohadones en los que descansaba en su hogar, bebió el refresco de menta para saciar su sed y se durmió arropada por las canciones que cantaba la madre de Rumi. El joven subido a la palmera pudo contemplar la belleza de la misteriosa viajera y saciada su curiosidad volvió feliz a su casa.

Al día siguiente la viajera despertó alegre y hambrienta y pidió probar los manjares de aquel pueblo de las bellas canciones. Pasados unos días, recuperada la viajera, la caravana continuó su viaje.

Los mercaderes, agradecidos, dejaron la recompensa para que se construyera una fuente en la plaza del pueblo. Desde entonces todas las personas que lo habitaban y las de las aldeas cercanas recuerdan aquel maravilloso año en el que la visita de la caravana les trajo el agua y los liberó del pesado trabajo de acarrearla.

A mi familia.

EL TESORO

ROSA MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Eres mayor, no esperes a que te saquemos las castañas del fuego.

—Sí, pero...

—Pero, ¿qué? A mí nadie me dijo cómo y mírame.

—Pero, ¿tú preguntaste?

No hubo respuesta.

Pensó que así tenía que ser. ¿Cómo podía responderle si ella no tenía la respuesta ya que tampoco tuvo nunca la pregunta?

Salió entonces decidida a encontrar todas las respuestas y llevarlas de vuelta. Se las daría a sus hermanas y eso sería también un regalo para su madre, que así podría seguir dedicándose a lo que se dedican las madres (aunque en ese momento no tenía muy claro qué era eso).

Lo que encontraba fuera no eran respuestas rápidas a preguntas sencillas. Todo era más complicado de lo que esperaba.

Paciencia, se dijo, hay tiempo.

En ese viaje tuvo alegrías, descubrimientos, tropiezos; pero iba reuniendo respuestas, que era lo que buscaba.

No contaba con que sus hermanas crecían y buscaban por ellas mismas. Iba a llegar tarde, no les llevaría nada nuevo. Sintió

que no estaba mereciendo la pena el esfuerzo. Ella quería hacer cosas para tener algo que aportar, pero iba muy despacio.

Decidió parar. ¿Cómo la querrían ver de vuelta? Seguro que mejor llegar contenta que preocupada.

¿Cómo se hace ahora? ¿Cómo se vuelve a la despreocupación? Se puso nerviosa, estaba intranquila. ¿Y si había estado perdiendo el tiempo?

No pienses eso, le dijo una voz, el tiempo no se pierde. Estás construyendo tu historia y para eso es el tiempo. Mírate, tienes respuestas, las que tú necesitas, no puedes tener las respuestas de los demás. Ellos ya encontrarán las suyas.

Creyó esas palabras y se armó de valor. Valiente es como debía mostrarse ante los pequeños. Acababa de darse cuenta de que esa era la enseñanza. No tenía que dar respuestas, tenía que ser ejemplo, así que imaginó que era el personaje de un cuento fantástico: el capitán de un barco, la princesa de un reino mágico, el tesoro escondido; dentro de ella estaba todo.

El capitán quiso llevar su barco al mejor puerto, para ello necesitó una tripulación tan motivada como él, y les dio motivos. Les habló de lo que encontrarían en la isla, les contó lo que irían descubriendo en el camino y los preparó para resolver las incidencias que surgieran.

Pero erraron el rumbo y llegaron a la isla equivocada. Ya no había tiempo de corregir el camino, volvieron a casa sin haber obtenido lo soñado.

Menudo capitán, se dijo. Esto no es lo mío. O no era el momento de echarme a la mar.

La princesa disfrutaba con la luz que entraba por los ventanales del castillo, con la música del trovador, con las atenciones que recibía. La princesa no se dio cuenta de que también debía retirar las cortinas a tiempo, agradecer al trovador su música y devolver las atenciones a sus doncellas. La princesa se quedó sin luz cuando nadie descorrió las cortinas.

Ese papel, el de princesa, tampoco era el suyo.

Le quedaba ser el tesoro escondido. Y ese parecía el papel más difícil.

¿Qué tiene que tener un tesoro para ser realmente un tesoro?

Los tesoros en los cuentos siempre brillan: son cofres llenos de monedas, o las joyas de un rey malvado que ahora servirían para alegrar la casa del pobre, o la llave de oro que da acceso a un palacio. Pero eso es en los cuentos.

Y hablamos de un tesoro escondido. ¿Dónde se esconde un tesoro?

Recordó que ella siempre encontraba cosas. Descubría, por casualidad, los regalos de Reyes antes del día de Reyes, siempre abría el libro por la página correcta, ella era la que rescataba un cachorro pues lo encontraba desvalido, sin buscarlo, en medio de un camino. Encontró hasta una tortuga que acabó siendo la primera mascota en su infancia.

Podía encontrar un tesoro, y la mejor manera era no pensar en ello, no buscarlo. Así que se relajó. La vida era más fácil así. Y de esa forma, feliz y relajada, encontró el tesoro. Ella, feliz y relajada, era el tesoro.

Con esa actitud podía elegir en qué embarcarse, sin presión. Aprendió a decir sí cuando hacía falta y, lo más importante, aprendió a decir no. Dejó de sentirse insatisfecha por no llegar a todo, no hacía falta. Dejó de ser golondrina y voló libre.

HUGO Y LA LUZ

JUAN ANTONIO SALMERÓN

Hugo se había formado durante toda su vida en la Universidad. Los últimos cuatro años como ratón de biblioteca, viendo pasar hojas y hojas de libros llenas de fotografías con excavaciones arqueológicas de los lugares más variopintos que te pudieses imaginar.

Grandes dosis de café acompañaban sus ratos de descanso mientras aprovechaba para llamar a algunos de sus amigos y contarles cómo habían transcurrido sus últimos experimentos con aquel fósil de gato transmutado al que perseguía desde hace años y que le llevaba de cabeza. Reconozcámoslo, Hugo nunca había sido lo que comúnmente se conoce como un buen estudiante, pero su tesón, y las enseñanzas que le habían transmitido sus padres, habían modelado su personalidad creativa e intrigante, a la par que agarrada al suelo, como las raíces de aquellas oliveras donde había transcurrido la mayor parte de su vida. Durante los dos primeros años de su carrera universitaria le asaltaron las dudas, abandonar o no la carrera como antropólogo e irse en busca de su tesoro. Marchar en busca de su ilusión, de aquello que tanto añoraba. Aquel arca que encerraba todas sus expectativas, llena de aventuras. Optó por continuar con los estudios siguiendo los preceptos de su madre que le aconsejaba terminar su carrera, y luego... pues ya vería-

mos. Así que, eso hizo, continuó dos años más hasta graduarse. No obstante, aquel mismo verano del fin de su licenciatura, decidió partir y dar rienda suelta a sus deseos. Marchar a explorar las huellas del gran *Tiranosaurio Rex*. Por fin el sueño de su vida se iba a hacer realidad. Hugo cogió su oca saltarina y en ella pasó largos periodos de tiempo recorriendo mares, océanos y tierras desconocidas para él. En ocasiones hubo de atravesar tormentas, con rayos y truenos, luchar contra algunos cíclopes y hacer frente a varios lestrigones. También es cierto que otras veces, la mayoría de ellas, alumbró bellos amaneceres, y conoció muchas emociones. Incluso vio de cerca los tifones, le sacudió algún terremoto, y estuvo cerca de quedarse atrapado por la lava de un volcán. En ese viaje anduvo muchos años hasta que por fin, y siguiendo a su intuición arribó a lo que su destino le tenía deparado. Aquellas tierras rojizas y polvorientas que eran el hábitat natural donde había residido —según había visto en los libros de arqueología— el gran *Tiranosaurio Rex*.

Allí aterrizó durante el anochecer de su quincuagésimo día continuado de viaje. Estupefacto, cansado, agotado por las horas del viaje y por las adversidades que hubo de superar, decidió arrojar al sueño sin demasiada lucha. Durante este último tramo del trayecto le había dado tiempo para recordar parte de su infancia y adolescencia. Le vino a su memoria aquella enigmática sensación, que también le había acompañado durante el inicio de su periplo, cuando decidió comenzar su andadura. Se trataba de una luz de forma elíptica y en constante movimiento que ascendía desde el interior de sus entrañas hacia lo más alto de su ser, y que luego bajaba hasta su estómago como el ave cóndor de los Andes, quemando como llama y fuego todo su cuerpo, ardiendo por donde lo atravesaba. Era una luz que, del color azul inicial en el que aparecía, se convertía tras un buen rato en un blanco poderoso, y que cada vez se hacía más y más grande, adueñándose de todo su cuerpo. A

veces, le salían como dientes de fuego de su núcleo, y otras veces se evaporaba como el vapor del agua de un estanque en un día brumoso. Notaba cómo esa luz blanca tomaba cada vez más tamaño en él. Esa sensación que se confundía con su cuerpo, le inundaba hasta llegar a transfigurarse con su existencia. Durante esos momentos de vigilia caía en la cuenta de que, quizás, esa luz le hubiese podido acompañar, sin haber sido consciente, de forma continua toda su vida. Puede que siempre hubiera permanecido a su lado y que nunca se hubiese percatado de ello. No obstante, ahora que la reconocía de nuevo se sentía mejor. Sonrió y, entonces, esa luz se hizo enorme en su interior. Pensaba que no había sido una casualidad, probablemente durante muchos años se había olvidado de ella, de su presencia. Esas sacudidas que ahora podía sentir eran las mismas que recordaba de la experiencia de aquel otro día mientras regresaba de ver el mar en compañía de Marta. Volvían de hacer un baño nocturno en la Mar.

Él llevaba varias horas despierto, tantas como veinticuatro. Su deseo de estar con ella le condujo hacia su casa. Pasaron toda la jornada juntos bebiendo, jugando, hasta marchar a la playa ya de noche. Ver el mar nocturno, poder hacer un baño a la luz de la luna llena, hombro con hombro, arropados por una manta. El frío era lo menor, la humedad apenas la notaban. Vencer al sueño era fácil, las gotas de amor en su sangre circulaban a más velocidad de lo permitido. Pronto se hicieron las seis de la mañana entre besos y arrumacos. Vieron la salida del sol en un momento mágico, cuando los rayos destellean calor de primavera, a la par que acarician sus cuerpos desnudos. Fue entonces cuando decidieron marcharse. Les quedaban todavía muchos kilómetros para regresar a su casa. En este trayecto recordó que, en un cierto momento mientras conducía, despertó a escasos metros de una furgoneta, tan próxima que le pudo leer de cerca el número de su matrícula, la MU4317BW. Duró milésimas de segundo, justo a tiempo de poder hacer un giro

rápido de su coche. Dio un volantazo que esquivó el obstáculo con el que estuvo a punto de tener un accidente. En ese momento miró a Marta, que dormitaba en el asiento del acompañante sin ser consciente de la finitud que podía haber conllevado aquella situación. La mirada de Hugo siguió hacia la derecha buscando el lateral del cristal del coche, y fue ahí donde pudo ser consciente, ver, notar, y sentir por primera vez en su vida esa luz. Resplandeciente, enorme, y que le acompañaría durante el resto de todo aquel viaje. En el trayecto de vuelta a casa paró en dos ocasiones más. Una de ellas para tomar una coca cola que le sirvió de refresco a su estómago, más bien vacío, a aquella hora de la mañana. Realizó una segunda parada para tomar un halo de viento fresco. Ambas trataban de alejar a Morfeo de su consciencia en una lucha inédita para él. Aquella luz no le abandonó en ningún momento. La volvió a ver muchas veces después de aquella ocasión. Ahora en estos días la buscaba y no la encontraba, pero siempre era consciente de que por allí debía de estar. En ocasiones sentía miedo de haberla perdido. Miedo de la soledad. Miedo de la vana existencia. Miedo de haberse equivocado. Hoy la ha vuelto a ver dentro de su cuerpo, sonriendo y diciéndole: tranquilo no te abandono. Recordaba que alguien, en alguna ocasión, le había dicho que se trataba de su ángel de la guarda. Otras personas con las que pudo comentar aquella anécdota, le indicaron que se trataba del poder sanador de sus ancestros, la capa invisible de sus abuelos ya fallecidos que no le abandonaban. Realmente, él nunca supo explicar la procedencia de esa luz.

Hugo nunca más volvió a ver a Marta. La vida de Marta cambió para siempre desde aquel día. Con el paso de los años ella rehízo su vida alejada de él. Fue madre de dos hijas pero nunca volvió a ver el Mar, su Mar. Sus ojos se apagaron, su voz se volvió ronca, sus sueños se sublimaron como el reloj líquido. Cuentan que en una ocasión volvieron a hablar por teléfono pasados los años, pero él, ya no era él, y ella, ya no era ella. No había ya carreteras que

cruzaran sus destinos, ni gotas de velocidad amorosa que unieran sus cuerpos.

Mientras Hugo continuaba dormitando —en ese duermevela que solo provee el sueño de la media noche— se vio interrumpido por un fuerte ruido que le despertó de aquel sueño. Entonces decidió continuar con su exploración de aquella nueva tierra a la que había llegado casi por casualidad. Desde lo alto de una colina avistó una sombra excavada en el suelo por lo que se detuvo en ella. Le susurró a su oca saltarina al oído que descendiera para aproximarse y verla con más cercanía. Fue entonces cuando bajó hasta la tierra arcillosa y marrón del fango y pudo observar como una forma de cinco puntas incrustadas sobre el amarillo campo de cebada resaltaban en el suelo, lo que le hizo sospechar que se trataba de la huella del *Tiranosaurio Rex*. No se lo podía creer. Bajó hasta el socavón y se introdujo en él. La observó, tomó medidas, extrajo una muestra. Lo tocó. Midió su humedad, sus dimensiones, su dureza. Pensó en los años que llevaría aquella excavación sin que nadie se hubiese percatado de ella. O igual, alguien lo había intentado antes que él, pero había perecido en el intento.

Su mente analítica procesó todos los datos para constatar lo que tantos años había buscado. Aquel reto arqueológico que explicaría la evolución de la especie humana. Se veía a sí mismo entre focos y ruedas de prensa dando las oportunas explicaciones de tan fastuoso hallazgo. Allí permaneció toda la noche junto a su trofeo, disfrutándolo sosegadamente. Se dejaba mecer por sus ondulaciones terrosas. En ellas encontró la mejor manera de seguir descansando que jamás hubiese imaginado.

A la mañana siguiente Hugo despertó con ganas de fotografiar su trofeo para exportarlo al reino de Aicila. Mientras se disponía a extraer sus últimos trozos, escuchó de nuevo ese ruido tan desagradable de la noche anterior, se giró y vio que un gran jaguar de color negro, de grandes fauces y enormes colmillos salivaba

frente a él para degollarlo, mientras lo observaba con mezcla de intriga y asombro. Veintisiete grandes y puntiagudos caninos blancos destelleaban en su mandíbula, sus garras terruñosas se extendían de manera refleja, contrayéndose en disposición de ataque. Hugo se sentía minúsculo ante aquel gigante. El sudor empapaba su blusa de explorador y el gorro que le protegía del sol, se humedecía por momentos. Este era el final, pensó. El jaguar se acercaba cada vez más, olisqueando su cuerpo, salivando y rugiendo cada vez con más intensidad. Entonces ocurrió que una luz blanca envolvente apareció e interponiéndose entre la bestia, deslumbró aquel mastodonte de piel de color negro brillante, que no tuvo más remedio que retroceder sobre sus pasos y rugir de impotencia a la vez que brincaba de un lado para otro como un péndulo en retroceso. Desapareció ante sus ojos. Hugo se sentó extenuado, pálido, agotado, le temblaban las rodillas y la saliva se había convertido tan espesa que rasgaba su garganta. Tomó un trago de agua y se recostó sobre su espalda. Quizás fuera aquello lo que le hizo comprender que debía volver. Decidió regresar, sintió interiormente que debía retornar a su espacio, a sus orígenes, a sus raíces, a su ciudad, a su Hogar. Fue entonces allí cuando decidió tomar una beca como profesor de Paleontología. Hugo enseñaba a sus alumnos sin libros, ni apuntes, ni diapositivas. Sólo les relataba cuentos, historias que parecían inverosímiles, cuentos imposibles y misteriosos de lugares inexplorados que acababan por granjear el interés de los jóvenes. Durante los fines de semana que cesaba su actividad académica, regresaba a casa de sus padres para visitar a su madre aquejada de Alzheimer. Aunque ella ya no se acordaba de él ni podía reconocerlo, sí que podía sentir su piel y, sobre todo, ver la luz que desprendía.

«AHORA TE TOCA A TI»

Ahora es tu momento, ahora te toca a ti escribir el cuento de tu vida. Te proponemos que uses las siguientes páginas para escribir tus recuerdos. No es necesario que profundices mucho, ni que te crees un problema porque quieras contar tus memorias, que ocupan seis volúmenes; no es eso. Recordar nuestro pasado, al fin y al cabo, es fabular, porque nunca sabremos si pasó de esa forma como lo recordamos, o fue de la manera como lo recuerda tu hermano o hermana, por ejemplo. Las cosas que recordamos son tan importantes como las que no recordamos, pero nuestro inconsciente nos sirve aquellas que, por alguna misteriosa razón, necesitamos recordar. Así que no le des muchas vueltas, y haz un esquema de aquello de lo que te acuerdes y escríbelo aquí. Cuando hayas acabado vete a la otra parte, unas páginas más adelante, y sigue las instrucciones.

«ÉRASE TU VEZ»

Ya has terminado tus sucintas memorias, ahora te toca transformarlas en cuento maravilloso, ese que en el folklore nórdico se conoce como cuento de hadas. Revisa las partes más importantes, los personajes que aparecen, las situaciones, y ve transformándolas en un cuento, en una historia tan especial que te encantará contársela a tus hijos, hijas, sobrinos, sobrinas, vecinos, alumnos...

Tú eres el o la protagonista. Te pongo un ejemplo. En tus memorias ponías: «Nací en un pueblo muy pequeño y me pasaba el día jugando en la huerta con mis hermanas, nos gustaba comer-nos el agrillo que crecía en primavera bajo los limoneros. Un día mi padre nos dijo que teníamos que irnos a otra ciudad porque lo trasladaban en su trabajo...»

Transformado a cuento podría ser: «Llegó el día señalado por las hadas del bosque en su famosa predicción: nacería una niña de grandes ojos y cabello brillante. Y nació [aquí pones un nombre de resonancias principescas]. Cuando su madre la vio, lloró de alegría [cuidado con las erratas, no vayas a poner “alergia”, que entonces el cuento sería muy diferente], sus hermanas saltaban de contento a su alrededor y se peleaban por jugar con ella. Cuando creció, le encantaba ir al bosque a jugar bajo los árboles cargados de frutos amarillos mientras masticaba la hierba de la felicidad...» Esto es un ejemplo. Ahora te toca a ti. Y que no se te olvide ponerle un título bonito. Érase tu vez.

Esta primera edición de *La ardilla invisible y otros cuentos* se acabó de imprimir y encuadernar en diciembre de 2020.

El taller «Érase tu vez» se imparte regularmente. Si tienes interés en participar, puedes mirar fechas y lugares donde se realiza en el web

www.espacioparacontar.com

En este undécimo volumen se han recogido los cuentos escritos por: Manel Quílez Yúfera, Jose Bote, María Jesús Rivas, Pilar Gea Llamas, Irene Llamazares Corujo, Mari Carmen Avilés, Rosa Martínez Hernández y Juan Antonio Salmerón.

Se realizaron en el taller «Érase tu vez» los días 16, 17 y 18 de octubre de 2020 en La Casa de la Piedra. Murcia.

Y ocurrió que los cuentos fluyeron como lágrimas y las risas se apoderaron del lugar y el cuento contado quedó bien guardado.

www.espacioparacontar.com

ISBN: 978-84-120981-4-3



978-84-120981-4-3